

Natividad (de la Iglesia de Sta. María, de Sagás)

Temple sobre madera, s. XII. Museo Diocesano de Solsona.



Posiblemente la imagen formaba parte de un conjunto más amplio, de un frontal de altar; nosotros la consideraremos como nos ha llegado; queda enmarcada por dos cenefas a las bandas, verticales, quizás indicando que sigue por arriba y abajo con otras historias.

Hay cuatro ámbitos, mostrando diferentes situaciones, encajándose en cuatro cuadrados, formando parte del mismo Misterio de la Natividad, y que seguiremos circularmente, de izquierda a derecha.

Arriba, a la izquierda, está el Niño, apartado y destacado; el único de los humanos con aureola, y la cruz, en el pesebre (nació su hijo, lo envolvió y lo puso en un pesebre Lc 2,7), con el buey y el asno, a la cabeza y a los pies; tiene un aspecto adulto, inmóvil, como meditando; las bestias están animadas, bien atentas. Dios se había quejado de Israel (Is 1, 3): Un buey conoce a su propietario, y un asno el establo (pesebre=comedero del establo) de su amo, pero a mí, Israel no me conoce, mi pueblo me ignora. Ahora el pueblo de Dios ya conoce el pesebre de su Señor, y por esto los animales están atentos.

El Niño tiene el rostro adulto, muy común a los Niños Jesús románicos, manifestando la plenitud de su identidad; es santo (aureola), porque ha bajado del Cielo, y morirá en la cruz, que corona su cabeza. Es el nuevo Adán, concebido como el principio de la Creación, por la libre iniciativa de Dios (El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra Lc 1, 35).

Abajo, más grande que el pesebre del Niño, la Virgen María está rehaciéndose del parto; la cama la realza y crea alguna perspectiva; el cubrecama destaca su posición yacente, con el borde, que hace una ondulación: es azul (color del cielo) y rojo (la Encarnación); está meditando (María conservaba todos estos recuerdos en su corazón y los meditaba, Lc 2,19 y 51).

También abajo, a la derecha, menos importante, hay San José, al lado pero dando la espalda a la Virgen María, como sentado y cabizbajo, soñando: así ha aceptado su posición de padre legal (Lc 4,22), reconociendo que la iniciativa del Nacimiento del

Mesías viene de Dios, para salvar de los pecados a su pueblo (Mt 1, 21); el pavimento que pisa es diferente, expresando que es otro lugar y tiempo (antes de tomar María, tu esposa, a tu casa Mt 1,20). José recuerda al patriarca del mismo nombre, del Antiguo Testamento, el hijo preferido de Jacob, que también soñaba, vendido por sus hermanos, cumpliendo el designio divino (Gn 37,19, 37,28, 45,5, 50,20); aquel primer José irá a Egipto, como Jesús, huyendo de Herodes (escondido como Moisés porque lo querían matar, Ex 2,1-10; 4,19). El anuncio del nacimiento de Jesús sigue también el modelo del Antiguo Testamento, el de Isaac (Gn 17,15-21) y el de Sansón (Jt 13). Así, en la Natividad del Señor los evangelios nos enseñan una correspondencia, y una continuidad, entre la antigua Ley de Israel y la acción de Dios en las vidas de los patriarcas, y el Evangelio; también al término de su vida, en la nueva Pascua, habrá esta continuidad y Jesús será inmolado por los pecados del pueblo (Mt 1,21, Jn 11,50-52), como el cordero de la primera, cuando Israel fue liberado del Faraón de Egipto.

Arriba, a la derecha, al término del recorrido circular, y a la altura del Niño, hay la cabeza con aura del ángel, única parte de su cuerpo que entra dentro de la imagen, manifestando que es del otro mundo y que llega al nuestro, en espíritu, sin evidencia material, presentándose en María (Lc 1,26-38); él, moviendo las alas, es activo; en cambio, los Humanos protagonistas de la narración tienen una actitud contemplativa.

Los dos elementos que hacen posible la Encarnación son el humano, el linaje de David al que pertenece José, hijo de David (Mt 1,20), y el divino, la joven que ha de alumbrar tendrá un hijo, y le pondrá Emmanuel (que quiere decir Dios con nosotros) (Is 7,14). Los dos esposos reciben la visita del Señor, por la vía del ángel o durante un sueño.

Esta Natividad, proviniendo de Sagàs, presenta el Misterio de la Encarnación, uniendo la historia de la Navidad de Mateo con la de Lucas; pone en el primer término visual y conceptual la prioridad de la obediencia, la actitud receptiva y de recogimiento, de los padres de Jesús, aquí presentados en su esencia más contemplativa, más allá de la acción, que proviene de Dios, expresada por el ángel, y ellos, a su momento, sabrán vivir; el ángel y el Niño, son más arriba, manifestando así su superioridad, significada también por las auras.

Frederic Chordá